



Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

37 – Una alianza *contra natura*

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 8
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 37 – Una alianza *contra natura*



Ahora volvamos a Ibrahim, al que habíamos dejado cabalgando a través de la estepa en compañía de Nâfileh la Indómita, disfrazada de mameluco. Al cabo de uno o dos días –o tal vez más, gloria a Aquel que conoce el número exacto–, llegaron ante una aldehuela del Horân, llamada El-Lodd¹; desde tiempos inmemoriales esa aldea la poblaron cristianos, y la plaza fuerte que la dominaba estaba bajo las órdenes de un capitán, también cristiano, llamado Jaddûr, hijo de Matta.

Este Jaddûr era un terrible guerrero, reputado por sus hazañas –había quien aseguraba que se le podía comparar a Ibrahim; ¡pero ni en sueños! Ibrahim valía por diez Jaddures. También se cuenta que él, y sus seis hermanos, los hijos de Matta, eran todos del mismo temple, y que por eso se les conocía como los “Siete Planetas”; se dice que todos perecieron bajo el reinado de El-Zâher, por culpa de Yauán, que los envió, uno tras otro, a la guerra y a una muerte segura².

Pero resulta que el siniestro Jaddûr era un buen amigo de Ibrahim desde hacía muchísimo tiempo; así que, cuando sus lugartenientes vinieron a anunciarle la llegada de este último, fue a su encuentro para darle la bienvenida:

– ¡Bienvenido sea el hijo del Korani! ¿A qué se debe el honor de tu visita, capitán?

Entonces, Ibrahim le contó lo que le había sucedido.

– El resultado de todo ello: pues que aquí me tienes, rebelde al sultán –concluyó–. Así que he huido del Horân y he venido a refugiarme a tu casa.

¹ El único pueblo con ese nombre, hoy en día se encuentra en los extrarradios de Tel-Aviv, un lugar, evidentemente, muy alejado del Horân.

² Uno de esos hermanos bien podría ser el desesperado Ayek hijo de Matta, muerto por Ibrahim (ver *La Revancha del Maestro de las Argucias*) Esta amistad entre *fidais*, combatiendo en bandos opuestos, no es un fenómeno único en el relato del “Baïbars”.

– Bien hecho, pues tu llegada es una bendición para nosotros. Mi castillo, mis bienes, mi vida y la de mis hijos están a tu disposición... Pero dime, ¿quién es ese joven que te acompaña?

– Es Nâfileh, el origen de toda esta historia.

– No tiene nada que temer –le tranquilizó Jaddûr–. Vamos, esta casa también es la tuya: dígname honrarla pasando a su interior. ¡Qué suerte tengo! ¡En verdad que el Cristo debe estar contento conmigo al permitir encontrarme de nuevo contigo, mi viejo amigo!

Jaddûr introdujo a Ibrahim y a Nâfileh en su castillo, y condujo a la joven a su harén, confiándola a su madre y a sus hermanas, recomendándoles que la trataran con los mayores miramientos; luego, se fue a atender a Ibrahim. Así pasaron muchos días, entre regocijos siempre renovados.

Pero un día, en que los dos amigos departían alegremente en el gran salón, de pronto entró un guardia a todo correr.

– Capitán –anunció–, Su Beatitud el *rey papa* Yauán acaba de llegar, y pide ser introducido.

Ante esas palabras, Jaddûr palideció y bajó su mirada hacia el suelo.

– Veamos, mi viejo Jaddûr, ¿qué es lo que te pasa? –se inquietó Ibrahim.

– ¡Apiádate de mí, hijo del Korani, porque ahora mismo no sé que hacer! Si dejo entrar a Yauán, dada la cantidad de sucias jugadas que te ha hecho, por mi fe, que tú tendrías mil razones para matarlo, aunque solo fuera por una... pero yo sería el responsable. Por otra parte, si no le recibo, él, que es el pilar de la religión de los *Cristiani*, ¡me lanzaría una maldición! ¡Por eso, de rodillas te lo suplico, no le hagas daño!

Y, uniendo el gesto a la palabra, cayó a los pies de Ibrahim, cubriéndole de besos.

– ¡Vamos, vamos, Jaddûr, quédate tranquilo! –le aseguró Ibrahim– Desde el momento en que estoy bajo tu techo, no tienes por qué preocuparte; le pondré buena cara a tu Yauán, y, además, te prometo que no levantaré un dedo contra él. Déjale entrar sin miedo... solo que, no le digas que Ibrahim, hijo de Hasan está aquí, me apetece gastarle una bromita.

– ¡Introducidle! –ordenó Jaddûr a sus guardias.

Minutos más tarde, la cortina que cerraba la puerta de entrada se entreabrió y allí estaba Yauán, avanzando en toda su gloria, vestido con sus ornamentos sacerdotales, zarandeando el incensario a diestro y siniestro, y cantando algo así como un *miserer nobis* con voz estentórea... De pronto, su mirada se posó sobre Ibrahim, sentado al fondo de la sala: del sobresalto, se atragantó en medio de un paternoster, y escapándosele un espantoso gorgoteo, cayó de culo al suelo, paralizado por el terror.

– Eh, *abbone*, ¿qué te ha pasado? –se extrañó el gordo de Barbacûsh, que no se había enterado de nada.

– ¡Por mi religión, creo que hoy nos vamos a encontrar con Asfût! –murmuró el maldito fraile– ¡Piedad, hijo del Korani!

– ¡Vaya, vaya, vaya! –exclamó Ibrahim, con voz de trueno– A ver, dime, cura de mis huevos, ¿te va todo bien, tal y como querías? ¡Esto es lo que se llama venir como anillo al dedo!

– ¡Gracia! –suplicó Yauán.

– Vamos, habla: ¿te acuerdas de todas las sucias trastadas que me jugaste en Roma? – prosiguió Ibrahim– ¿Recuerdas la emboscada que me tendiste en el Valle del Jazmín? ¿Y de aquella vez que intentaste acorralarme en el Desfiladero Rojo? ¿Eh, cura? ¿Te acuerdas, cuando ordenaste a los patricios echar abajo los tejados para asfixiarme con la polvareda? ¿Y cuando impediste que Saad me trajera agua para beber? ¿Y la última vez, en que tú andabas pimplando vino, y me arrojabas a la cara el fondo del vaso? Dime, y ahora ¿cómo te sientes?

– ¡Piedad, hijo del Korani! ¡Por mi religión, te pongo por testigo de que me arrepiento! Además, ¡me abstendré de incitar a los reyes francos y de provocar alborotos!

– ¡Ah, viejo crápula! –exclamó Ibrahim– ¿Es que no podías haber escogido otro momento para arrepentirte que justo el día en que yo me he rebelado contra el sultán?

– ¿Cómo es eso, hijo del Korani? ¿Tú? ¿Tú en rebeldía? Pero si siempre me ha parecido que el rey era un gran amigo tuyo, y que te trataba como a su hijo, sin pronunciar jamás nada en contra tuya.

Entonces, Ibrahim comenzó a contarle su historia y la de Nâfileh.

– Bromas aparte, Yauán –concluyó Ibrahim– ¿Has visto alguna vez en tu vida a un hombre que haya sufrido lo que yo en El-Aflâq, cuando defendí el puente yo solo, luchando contra setenta mil hombres para guardar las riquezas de mi señor?

– ¡Por mi religión –asintió el fraile poniéndose circunspecto– solo tú has podido perpetrar tales hazañas; ni siquiera Antar, hijo de Shaddâ¹, habría conseguido hacerlo!

– ¿Y puede entrar en tu cabeza que, después de tan grandes proezas, me hayan robado mi dinero y que el rey, en persona, haya invadido El-Horân a la cabeza de su ejército?

– ¡Por mi religión, el *rey* ha demostrado no tener sentido alguno de la justicia, ni reconocimiento y consideración hacia tu persona! Escucha: por el aprecio que te tengo, estoy dispuesto a olvidar mi voto de arrepentimiento... a fin de cuentas, el hijo del Korani bien merece este gesto, y más aún. Hay que ver, ¡con las penalidades que has padecido por un ingrato, incapaz de reconocer tu valor! ¡Si eso mismo le hubiera sucedido a otro que no

¹ Caballero y poeta beduino de la época preislámica. Sus proezas dieron lugar al nacimiento de uno de los más celebrados romances populares árabes más antiguos.

hubieras sido tú, a estas horas, él estaría deshonrado hasta tal punto de ni siquiera atreverse a pronunciar su propio nombre! ¡mientras que tú, fíjate!

En fin, que Yauán usó todos los recursos de su viperina lengua para envenenar la situación y endurecer el corazón de Ibrahim hacia el rey; cosa que llevó a cabo con total éxito.

– Y ahora, Yauán, ¿cuál es la solución? –preguntó Ibrahim.

– Escucha, hijo del Korani, si estás dispuesto a seguir mis consejos, ¡por mi religión, yo te conduciré hasta las más elevadas cimas, y dominarás a todos los hombres de tu tiempo! – prosiguió el monje maldito—. Esta miserable aldehuela y su castillo no te protegerán contra el ejército del *rey*; si estás de acuerdo, yo te llevaré hasta el *babb* Federico, el emperador de los francos, y le ordenaré que reúna para ti un ejército tan vasto, que su vanguardia estaría delante de El Cairo para sitiario, antes de que su retaguardia hubiera franqueado las puertas de Roma.

– ¡Nada de eso, curilla! –replicó Ibrahim– Ni hablar de que yo vaya a Roma. De entrada, el *babb* ha entregado a su hijo como rehén al sultán¹, y además, está demasiado lejos: ¿quién nos iba a llevar hasta allí?

– En ese caso, podría conducirnos hasta otra ciudad sólidamente fortificada, en donde encontrarás a un *babb* dispuesto a concederte su protección... y, además, está muy cerca. Solo que, a cambio, me habrás de dar tu solemne palabra, garantizada por los juramentos más sagrados de que, si por casualidad llegaras a reconciliarte con el sultán, nos proporcionarías los medios para huir, a mí, a Bartacûsh y al *babb* en cuestión.

– Por el Nombre supremo de Dios, te lo juro. Es más, si fueseis apresados, yo me comprometo a liberaros.

– Pues bien, ¡ya solo nos queda montar en nuestras cabalgaduras! –concluyó Yauán.

Ibrahim se fue a buscar a Nâfileh, vestida nuevamente de mameluco y con el rostro velado, y se puso en marcha, acompañado de Yauán, Bartacûsh y Jaddûr. Trotando ligero, pronto llegaron a Tiberíades.

– Hijo del Korani, Jaddûr y tú esperadme fuera de la ciudad –les ordenó Yauán—. Yo voy a anunciar vuestra llegada al *babb* Tabarín y a ordenarle que venga a vuestro encuentro a la cabeza de sus tropas, para recibiros con los honores que se os deben.

Dicho esto, picó espuelas a su burra y, seguido de Bartacûsh, se dirigió a la ciudad y penetró en el palacio del rey.

– Vamos, *figlione*, enciende el incensario, ¡pero enciéndelo ya! –le ordenó a su acólito.

– ¡Estamos buenos! ¡Otra vez enredando! ¡Ah, si este jodido cura se rompiera una pata de una puñetera vez! –renegó Bartacûsh apresurándose a cumplir la orden.

Pero Yauán ya no le escuchaba, crecido, como estaba, lanzando sus letanías:

¹ Al parecer se trata de Dukkás.

– ¡Regocijaos y que el júbilo desborde vuestros corazones, hijos de la Iglesia! Aquí estoy, ha llegado a vosotros el *rey pappá* Yauán, el pilar de la fe de los *Cristiani*. ¡No comeréis bajo ningún concepto la carne de un buen cordero; sino la de un cerdo enfermo! ¡No beberéis ni una gota de agua; solo vino del *bibar*! ¡Besaréis con reverencia el culo al superior del convento y dejaréis que vayan a vosotros los niños pequeños, sobre todo, si son guapitos! ¡Solo así podréis entrar en el Saqar, el Valle de las Llamas! ¡Amén!

En fin, que el siniestro personaje anduvo predicándoles el Evangelio a su manera; mezclando alegremente la natividad de la Virgen, la tentación de Cristo y los salmos de David.

Los patricios corrieron rápidamente a su encuentro, suplicándole a voces que les concediera sus bendiciones. Alertado por su escandalera, Tabarín envió a que le trajeran nuevas, y cuando se enteró de la llegada del monje maldito, se levantó de inmediato, imitado por los grandes del reino y se fue a recibir a su visitante, al que acogió con gran pompa.

– Hazme el honor de sentarte a mi lado, *abbone* –le propuso Tabarín.

– ¡Ah, *marfûs*! –tronó el maldito monje– ¡Tú solo piensas en estar ahí sentado, en tu trono, sin hacer nada; mientras que mis ancestros y yo no hacemos más que trabajar duro a tu servicio!

– ¿Por qué? ¿Qué pasa? –preguntó Tabarín, desconcertado ante esa salida de tono.

– ¡Pues pasa que mis ancestros me han avisado que este año será un año fasto para ti! Has de saber, *figlione*, que el hijo del Korani, el héroe de Angobar, se ha rebelado contra el *rey*; él y Jaddûr han venido a ponerse bajo tu protección y a proponerte sus servicios. Secundado por dos guerreros de esa categoría, tú podrás someter a todos los reyes de la región y matar a Federico; entonces, yo te ceñiré el *zonnâr*, blandiré tu *shinyâr*, y te coronaré en su lugar como emperador de Occidente. ¡Vamos, ven! ¡Monta a caballo, llévate contigo a los grandes de tu reino y ve a recibirles!

El que me contó esta historia, me dijo que Tabarín aún era un hombre joven y naïf, y no se le ocurrió ni por un momento dudar de Yauán, desconociendo su profunda malevolencia y su invencible propensión a fomentar disturbios. Con el corazón lleno de alegría, ordenó a sus tropas formarse para un desfile, y salió de la ciudad al son de las trompetas para celebrar la llegada de Ibrahim y de Jaddûr.

– ¡Bienvenido seas, hijo del Korani! ¡*Bonjorno*! –exclamó de lejos, en cuanto le vio.

– ¡*Bani sera*! –respondió Ibrahim.

– ¡Hijo del Korani, mis tesoros, mi reino, mis tropas y hasta mi vida los pongo a tu servicio!

Para resumir; Tabarín condujo con gran pompa y boato a sus invitados al interior de la ciudad, instaló a Nâfileh en un espléndido palacio lujosamente amueblado y provisto de gran número de sirvientes; luego, se dedicó a festejar a fondo a sus huéspedes durante los tres

días de rigor. Al cuarto día, Yauán, impaciente como de costumbre, cogió a Tabarín en un aparte:

– Escucha, *babb*, ahora que tienes al hijo del Korani a tu servicio, ¿no te irás a quedar aquí papando moscas?

– Y ¿qué esperas de mí, *abbone*?

– Pues que te pongas a la cabeza de tus tropas y que invadas las tierras del *rey* de los musulmanes: ¡pon sin temor tu espada al servicio de la Virgen, madre de las luminarias, y ganarás el paraíso!

– ¡Ah, eso sí que no, *pardono, abbone*! –protestó Tabarín– ¿Quién soy yo para combatir al *rey* de los musulmanes? Si otros, mucho más poderosos que yo, se han enfrentado a él en vano, ¿cómo pretendes que yo lo consiga?

– Porque voy a rezar por ti a mis ancestros para que vengan en tu ayuda –insistió Yauán.

– ¡Ni hablar! ¡Ya puedes contarme lo que te dé la gana, porque pierdes el tiempo!

Al ver que no iba a conseguir nada de nada, el maldito fraile se acercó en secreto a uno de los jefes francos, un conde llamado Mankusheh:

– ¡Ven aquí, *figlione* Mankusheh! ¿Te gustaría darles gusto a los ancestros de Yauán? A cambio, yo te garantizaría un alto rango junto a Asfut, en Saqar y el Valle de las Llamas.

– Habla, *abbone*: mi vida te pertenece; puedes disponer de ella como mejor te plazca.

– Escucha, *figlione*; coge contigo a un centenar de patricios, bien escogidos de entre las tropas de élite, y vete a la región de Damasco. Allí, matad a todos los musulmanes que os encontréis en el camino, saquead los mercados, y, sobre todo, no olvidéis de gritar bien alto: “¡Por tus bellos ojos, *babb* Ibrahim, hijo del Korani, señor de Tiberíades!” Una vez hecho esto, os volvéis aquí.

– ¡Por mi cabeza y mis ojos! –respondió el infame Mankusheh.

Se puso en camino inmediatamente, acompañado de un centenar de matones de su misma ralea, y se fue a saquear los caminos de la región damascena; atacando a las caravanas y despojando a los mercaderes, mientras proclamaba bien alto que estaban al servicio del Korani, señor de Tiberíades. El ruido de sus fechorías llegó pronto a oídos de Aqîsh el Leal, gobernador de Damasco, que, consciente de que no tenía fuerzas como para enfrentarse a Ibrahim, decidió avisar al sultán. Redactó un informe y se lo confió a un mensajero que envió al Horân; porque, recordemos que el rey El-Zâher había montado allí el campamento con su ejército, y había jurado no levantarlo hasta recibir noticias de Ibrahim. Cuando se enteró de las pretendidas fechorías de este último, la mirada del sultán se volvió sombría.

– Shâhîn, ¡toma esta carta y lee! –le ordenó al gran visir– Bueno, Shâhîn –continuó el sultán–, al parecer Ibrahim ha cruzado la línea roja y se ha hecho cristiano.

– Mi señor, ¡me niego a creer que Ibrahim haya llegado a ese punto! –protestó el visir– O bien, si es que ha sido él quien ha cometido esos crímenes, ha tenido que ser en contra de su voluntad y forzado a ello.

– Oh, tú, ¡siempre encontrándole excusas! –gruñó el sultán.

El sultán, enseguida dio la señal de partida a sus tropas, montó a caballo y se puso en marcha, precedido del portaestandartes. A buen paso, pronto llegaron a las inmediaciones de Tiberíades, y, avisado el *babb* Tabarín, medio enloquecido, se fue a lloriquear a las faldas de Yauán:

– Pero bueno, *abbone*, ¿cómo ha podido enterarse el *rey* de que el hijo del Korani había encontrado refugio en mi casa?

– Qué quieres, *figlione*, estos malditos musulmanes tienen espías por todas partes... Pero tú no tienes nada que temer del *rey*, ni de nadie, porque tienes a tu lado al hijo del Korani.

– Muy bien, *abbone*, pero ahora, suponte que el hijo del Korani hace las paces con el *rey* a mi costa: ¿qué pasará con mi reino y conmigo?

– No temas, *babb* –le tranquilizó Ibrahim, que había seguido la conversación–. Desde el momento en que tú me has dado asilo, la única cosa que podría tocarte, sería la lluvia del cielo. No soy yo de esos que traicionan a sus benefactores: cierra las puertas de Tiberíades, envía tus soldados a las murallas y ordénales que abran fuego sobre los asaltantes, para que se alejen de la ciudad y monten su campamento lejos del tiro de tus cañones.

Tabarín dio las órdenes requeridas, y, cuando el sultán llegó a la cabeza de sus tropas, fue recibido con una andanada de cañonazos disparados desde las murallas.

– ¡*Allah bala versin!* –maldijo el gordo de Qalaûn– ¡*Aman padishah!* ¡*Yins-e nasrâni* no hacer regalo, enviar bola que llevan tu cabeza *ya ho!*

– ¿Mi cabeza? ¿la mía? –preguntó airado el sultán.

– No *padishah* no tu cabeza la tuya, ¡claro que no! ¡Las bolas, lleva tu cabeza a otro¹!

– Decididamente ¡hay que dejarte por imposible! –suspiró el rey– ¡Da igual que puedas pasar aquí toda tu vida, nunca llegarás a hablar correctamente el árabe!

¹ Una de las peculiaridades de la jerga de Qalaûn consiste en mezclar las marcas de número en las conjugaciones y salpicar todas las frases con palabras turcas.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”

X.38 – Saad se gana una buena paliza